

LA MUJER EN EL DESIERTO

La industria del cine de Hollywood se asemeja a los que practican el deporte del surf¹: va siempre en busca de la ola más grande.

Si descubre que un libro sobre temas religiosos está en primer lugar en la lista de los libros más vendidos, se lanzan de inmediato a convertirlo en película. Cuando la serie de libros titulados Olvidados impuso nuevas marcas al ser los libros más publicados en el mundo, ello preparó el camino para que el actor Mal Gibson produjera la película titulada La pasión de Cristo. Y cuando esa película produjo los resultados esperados, otros productores de cine no perdieron tiempo en salir al mercado con otros títulos como El Código Da Vinci, El León, La Bruja, y El Manto.

Olvídese, Hollywood nunca va a regirse por lo que es correcto. Si no apelan intencionalmente al emocionalismo, entonces comercian con la “religión”, que es francamente errónea o antibíblica, o aquello que emplea la fantasía como medio.

Si los productores de cine quieren realmente filmar una película religiosa que deslumbre a los espectadores –algo

1 El surf o surfing es un deporte que consiste en deslizarse sobre las olas del mar de pie sobre una tabla especial.

así como un drama cautivante y sensacional por sus efectos especiales–, sin duda van a recurrir inclusive a las profecías de los libros de Daniel y Apocalipsis y llevarlos a la pantalla grande. Pero si no lo logran, ya que aun tratan de “mejorar” la historia cambiándola, o adaptándola, con todo, no se dan ni darán por vencidos.

Pero nadie puede mejorar las historias de Daniel y Apocalipsis. Tome por ejemplo la historia del Dragón y la Mujer. Como adventista del séptimo día, sin duda, usted conoce la historia muy bien. Si es así, entonces ya sabe que es una buena historia. Así, que, active la pantalla grande de alta definición; la pantalla gigante de su imaginación, y vea de nuevo el drama de Apocalipsis, capítulo 12.

“Una gran señal apareció en el cielo. Una mujer vestida de sol, y la luna debajo de sus pies, y sobre su cabeza una corona de doce estrellas. Estaba en cinta, y clamaba con dolores, porque estaba por dar a luz. Entonces apareció otra señal en el cielo. Un gran dragón rojo, que tenía siete cabezas y diez cuernos, y en sus cabezas siete diademas. Su cola arrastraba la tercera parte de las estrellas del cielo, y las arrojó sobre la tierra. Y el dragón se paró ante la mujer que estaba por dar a luz, a fin de devorar a su Hijo en cuanto naciera” (Apoc. 12:1-4).

Los buenos escritores de historias usan una técnica llamada en inglés “flashback”, que consiste en interrumpir la historia que están relatando, para regresar de nuevo a un punto de la historia tratado antes. El apóstol Juan –autor del

Apocalipsis– fue un buen escritor. En los versículos arriba citados, él dice que con su cola, el dragón arrastró a la tercera parte de las “estrellas del cielo”, y las arrojó sobre la tierra.

La historia continúa. Pero más tarde, Juan regresa de nuevo al pasado cuando las “estrellas del cielo” fueron arrojadas sobre la tierra.

“Y hubo una gran batalla en el cielo. Miguel y sus ángeles combatieron contra el dragón, y el dragón y sus ángeles combatieron; pero éstos no prevalecieron, ni se halló más lugar para ellos en el cielo. Y fue lanzado fuera ese gran dragón, la serpiente antigua que se llama diablo y Satanás, que engaña a todo el mundo. Fue arrojado a la tierra, y sus ángeles fueron arrojados con él” (Apoc. 12:7-9).

Los ángeles del dragón –“una tercera parte de las estrellas del cielo”– fueron arrojados del cielo con él.

Estos tres versículos describen brevemente el mismo comienzo de la gran controversia entre el bien y el mal. Cuando el dragón (claramente identificado aquí como el diablo, o Satanás, el ángel caído, Lucifer) le declaró la guerra a Dios, él y una tercera parte de los ángeles del cielo a los cuales había engañado con sus mentiras, pelearon contra Miguel (Cristo).

La Mujer en el desierto

Pero, entonces, ya en la tierra, Satanás el dragón, continuó su guerra contra Dios. Un cuidadoso estudio del

Apocalipsis deja en claro que la mujer es símbolo de la iglesia. En Apocalipsis 12, vemos a una mujer buena; en Apocalipsis 17, va a descubrir a una mujer mala.

El relato bíblico muestra que la mujer está por dar a luz, y Juan nos pinta luego el cuadro de un dragón rugiente que aguarda para devorar al niño de la mujer en el mismo instante de su nacimiento. Pero Dios protegió a la mujer y a su niño.

“Y ella dio a luz un Hijo varón, que había de regir a todas las naciones con vara de hierro. Y su hijo fue arrebatado para Dios y para su trono. Y la mujer huyó al desierto, a un lugar preparado por Dios, para que allí la sustenten durante mil doscientos sesenta días” (Apoc. 12:5,6).

Este hijo varón no era otro que Jesús, el mismo Miguel contra quien el dragón había luchado en el Cielo. Ahora bien, Jesús vino a la tierra para nacer como un bebé, crecer como un hombre, y convertirse en el Salvador de la raza humana.

Mas, después de su vida, muerte y resurrección, Jesús fue “arrebatado para Dios y su trono”. Entonces el dragón dirigió su feroz ataque contra la mujer: la iglesia que Jesús había establecido antes de ascender al Cielo.

Juan dice que ella “fue llevada al desierto” donde Dios la alimentó por “mil doscientos sesenta días”.

Pero, “cuando el dragón vio que él había sido arrojado a la tierra, persiguió a la mujer que había dado a luz al varón.

96 LOS LLAMADOS. . . LOS ESCOGIDOS

Mas a la mujer le fueron dadas dos alas de una gran águila, para que volara de la presencia de la serpiente, al desierto, a su lugar, donde es sustentada por un tiempo, tiempos, y medio tiempo" (Apoc. 12:13,14).

Un tiempo, tiempos y medio tiempo, o mil doscientos y sesenta días. ¿A qué se refiere esto? Cuando se habla de tiempos proféticos, la Biblia dice que un día equivale a un año (véanse Núm. 14:32 y Eze. 4:6). Al hacer cálculos proféticos, un año también contiene 360 días. Hagamos un poco de matemáticas. Mil doscientos sesenta días proféticos (1260) es igual a 1, 260 años. Si comparamos los versículos citados, llega a ser evidente que un "tiempo" equivale a un año. Así, pues, "un tiempo" (360 días), más "dos tiempos" (2 x 360 días) y "la mitad de un tiempo" (180 días), equivalen a 1,260 días o años literales. ¿Vamos bien?

Los "mil doscientos sesenta días" del versículo 6, son los mismos e igual a "tiempo, tiempos, y la mitad de un tiempo" del versículo 14.

La mujer estaría en el desierto por 1,260 años.

Pero, hagamos las cosas más interesantes. Note lo siguiente en el Antiguo Testamento, en el libro de Daniel:

"Hablará palabras contra el Altísimo, a los santos del Altísimo quebrantarán, y tratará de cambiar los tiempos y la ley. Y entregados serán en su mano por un tiempo, dos tiempos, y medio tiempo" (Dan. 7:25).

Aquí el sujeto es la grande y terrible bestia de diez cuernos. Pero nótese por cuánto tiempo este gran poder “perseguiría a los santos”: “Tiempo, tiempos y la mitad de un tiempo”. ¿Le suena familiar?

Tanto Daniel como el Apocalipsis predicen un período de 1,260 años. Daniel dice que durante este tiempo, los santos serían perseguidos. El Apocalipsis dice que durante este tiempo la mujer sería perseguida. La mujer, la Iglesia, los santos, todos son la misma cosa.

Al observar tanto a Daniel como el Apocalipsis, nos damos cuenta que muchas cosas suceden durante este período de 1,260 años:

- Los santos (o la mujer) son perseguidos.
- La mujer huye al desierto, a un lugar que Dios le ha preparado, donde es alimentada y cuidada.
- Un gran poder controla y dirige todo, el cual “habla palabras contra el Altísimo”.
- Este poder persigue a los santos.
- Este poder intenta “cambiar los tiempos y la ley”.

La mayoría de los estudiosos de la Biblia adventistas conocen los detalles de la profecía de los 1,260 años. Si esta afirmación le incluye a usted, entonces bien sabe que este gran poder que gobernó fue la unión del cristianismo apostólico con el paganismo idólatra, lo cual dio origen al poder papal.

El poder creciente del obispo de Roma

Los “obispos” o líderes de las iglesias cristianas, al principio no tenían una autoridad gobernante centralizada. Pero, con el tiempo, la iglesia, en cierta área, creció y se hizo más fuerte, y sus obispos se hicieron más prominentes: ésta fue la iglesia de Roma. Otros líderes espirituales comenzaron a trazar distintas formas para las prácticas litúrgicas de la iglesia en Roma, bajo la dirección de su obispo.

Cuando –como lo hicimos notar en el capítulo anterior– el paganismo se introdujo en la Iglesia, en ninguna parte obtuvo más éxito que en la sede del emperador. A principios del siglo IV, bajo el emperador Constantino, el cristianismo llegó a ser la religión del Estado, o a lo menos “una clase” de cristianismo. Para entonces, la iglesia se había comprometido y daba la bienvenida a una hueste de doctrinas y prácticas paganas que en nada se parecían al cristianismo puro de los primeros cristianos.

La autoridad y el poder del obispo –o papa– de Roma poco a poco creció, de tal manera que podía publicar edictos que obligaban a las otras iglesias cristianas a acatarlos. Luego, en el año 533 d.C., el emperador romano Justiniano, publicó un decreto mediante el cual colocaba al obispo de Roma como “la cabeza de todas las Santas Iglesias de Roma”. Para ello, ciertos poderes religiosos en el imperio tenían que ser eliminados antes que este decreto entrara en vigor. Esos poderes fueron erradicados en el año 538 d.C. y, de ese tiempo en adelante –por los siguientes 1,260 años–, el poder papal fue supremo.

Tanto este capítulo como el próximo se enfocarán en el período de los 1,260 años. Si usted ha leído hasta aquí, habrá notado que hemos venido describiendo en orden las siete iglesias de Apocalipsis. Los 1,260 años abarcan a dos de ellas: Tiatira (538 a 1517) y Sardis (1517 a 1798 d.C.). Hasta ahora nos hemos enfocado en la etapa correspondiente a Tiatira. El capítulo 9 de Apocalipsis corresponderá a la iglesia de Sardis.

Tristemente, por el año 538 d.C., la iglesia romana se había convertido en un sistema cargado de falsas enseñanzas y prácticas corruptas. Las tradiciones humanas y edictos papales llegaron a tener más autoridad que la propia Biblia. Ésta fue vedada a todos, excepto a los sacerdotes. El acceso a la Palabra de Dios era permitido únicamente a través de los sacerdotes, y la salvación se lograba mediante ciertos rituales y actos religiosos. El purgatorio, las indulgencias, la Mariolatría, el bautismo por aspersion, Pedro como el fundador de la iglesia, la infalibilidad papal, la misa, la transubstanciación, la confesión de los pecados ante los sacerdotes, la adoración de las imágenes, fueron algunos de los errores que se practicaron y multiplicaron, enseñanzas todas contrarias a la Biblia. Este nuevo sistema religioso era totalmente desconocido para los primeros cristianos.

Si bien toda esta falsedad religiosa fue triste para los primeros cristianos, lo fue más todavía la determinación de la iglesia romana de imponer dichas enseñanzas y prácticas y su voluntad por la fuerza. Los que no se rendían, fueron perseguidos, y muchos destruidos.

Sin embargo, a través de todo este tiempo de oscurantismo, desde el año 538 d.C. hasta que se desmoronó el poderío papal en el año 1798, Dios tuvo un pueblo fiel: humildes, pero creyentes decididos y leales a su Señor, aunque eso significara sufrir persecución y muerte.

Éstos se mantuvieron firmes de parte de la verdad de Dios, pasara lo que pasara. Continuaron adorando a Dios en el día sábado –no en el día domingo fabricado por el hombre e impuesto por la iglesia Romana–, manteniendo en alto la Biblia, y la Biblia sola como su única autoridad, y no las tradiciones y edictos de hombres falibles. Se mantuvieron fieles a la verdad bíblica respecto a la salvación, el bautismo, y el estado de los muertos.

Cuando se vieron sitiados, este grupo de hombres leales “huyeron al desierto”, y buscaron refugio en las montañas y las áreas deshabitadas. Nótese el interés de Satanás:

“Entonces la serpiente echó de su boca tras la mujer, agua como un río, para que fuese arrastrada por el río. Pero la tierra ayudó a la mujer. La tierra abrió su boca y sorbió lo que el dragón había arrojado de su boca” (Apoc. 12:15,16).

Tierra y agua

¿Agua? En las profecías bíblicas, el agua es símbolo de gente, de pueblos (véase Apoc. 17:15). La serpiente –el dragón– arrojó “un Diluvio” de agua tras la mujer. Un Diluvio de personas. Y la única clase de personas que podían salir de la boca del dragón eran gente mala.

Pero “la tierra” absorbió este Diluvio de persecución llevado a cabo por gente mala. Si el agua es símbolo de mucha gente, entonces por contraste, “la tierra” es símbolo de un área relativamente despoblada.

No solamente encontraron refugio estos fieles seguidores de Dios durante la peor de las persecuciones, en las remotas montañas, sino que antes de que terminaran los 1,260 años, incontables millones huyeron de la opresión religiosa en busca de un camino hacia un Nuevo Mundo casi despoblado.

Al comenzar los 1,260 años, la iglesia Romana investida de un poder otorgado, comenzó a imponer en forma agresiva sus creencias y prácticas, buscando someter al mundo entero bajo su dominio. Para ello, echó mano de la persecución, la cual duró siglos.

Pero la cadena inquebrantable de fieles y leales permaneció irrompible a pesar de todo. A través de los siglos de oscuridad, algunos nunca abandonaron a Dios o su verdad. Nunca transigieron con el error. Nunca negaron su fe a fin de salvarse.

Entre ellos, consideremos la dramática historia de los Albigenes y Valdenses. ¿Una mujer en el desierto? Nada más cierto que lo que pasó con estos fieles creyentes, quienes huyeron a las elevadas montañas de Europa para escapar de la persecución desatada por la iglesia Romana. En el capítulo siguiente, relataremos la historia de otro grupo de fieles –los hugonotes– quienes se mantuvieron firmes por la verdad en tiempos de la Reforma.

Los albigenses

A principios del siglo XII, un grupo de cristianos con mentalidad orientada hacia la reforma se separaron de la Iglesia Católica Romana, los cuales no podían traicionar su conciencia, ni aceptar o creer en las muchas doctrinas antibíblicas de la iglesia.

Este grupo de creyentes, conocido como albigenses (por el nombre de un pueblo llamado Albi, en el sur de Francia, situado a casi 35 kilómetros al norte de la actualmente llamada ciudad de Toulouse), predicaban en contra de las enseñanzas católicas tales como el sacerdocio, la adoración de los santos e imágenes, y la supremacía papal por encima de la Biblia. Por el año 1,167 d. C. los albigenses constituían una mayoría de la población del Sur de Francia.

¿Creyeron y enseñaron los albigenses cada verdad y doctrina de la Iglesia Adventista del Séptimo Día? No. ¿Tuvieron aun algunas creencias que nosotros no aceptamos hoy? Sí. Pero amaban a su Señor, a un grado tal que escogían la muerte, antes que ser desleales a Dios.

Temiendo que los albigenses fueran una amenaza para el poder y control de la Iglesia Católica, reaccionó con saña y crueldad. En el año 1,208, el Papa, llamado irónicamente Inocencio III, ordenó una cruzada de exterminación en contra de los así llamados “herejes”. Los ejércitos del Papa marcharon y entraron en territorio albigense, y pueblos enteros fueron masacrados. La matanza sistemática de estos creyentes continuó por décadas, y a veces se intensificaba cuando la iglesia ordenaba una serie de inquisiciones

papales: las campañas eran aun más agresivas y violentas, pues se usaba la tortura y la muerte a fin de exterminar a los enemigos de la iglesia”.

La campaña papal fue todo un éxito, y en cien años, los albigenses fueron completamente exterminados. Hasta el último de ellos, permaneció fiel a la verdad y su conocimiento de la Palabra de Dios. Permanecieron firmes en su oposición a la falsa doctrina papal y a las prácticas paganas de la Iglesia.

Los valdenses

A principios del año 1170 d.C., Pedro Waldo, un rico comerciante de la ciudad de Lyon, Francia, organizó un grupo de creyentes que, al principio, llegaron a ser conocidos como los hombres pobres de Lyon: miembros laicos de la Iglesia Católica que siguieron a su líder al regalar sus propiedades, creyendo que la pobreza apostólica era la senda del crecimiento cristiano.

En 1179, fueron a Roma, en donde el Papa Alejandro III los bendijo, pero les prohibió predicar, a menos que estuvieran autorizados por la clerecía local. Pero los valdenses (o Vaudois, como fueron también conocidos en el idioma francés) desobedecieron a Roma y comenzaron a predicar las verdades que habían descubierto en la Biblia.

Proclamaron la Sagrada Escritura como su sola regla de fe y práctica en la vida; predicaron en contra de las falsas doctrinas de la Iglesia Católica como el purgatorio, la infalibilidad papal, la misa y las indulgencias.

En 1184, fueron declarados formalmente herejes por el Papa Lucio III, que más tarde fue confirmado por el IV concilio de Letrán en 1215. Pero ya en 1211, más de ochenta valdenses habían sido quemados como hereáticos en Estrasburgo... el comienzo de muchos siglos de persecución.

En 1487, el Papa Inocencio VIII lanzó una brutal persecución para destruir a los valdenses. Los valdenses de Dauphiné fueron vencidos, pero los creyentes del Piamonte se defendieron con éxito.

Tanto la iglesia como el gobierno de Francia, unidos en cruel alianza, continuaron la persecución de los valdenses, muchos de los cuales huyeron a los Alpes suizos. Finalmente, en 1848, el rey Carlos Alberto de Saboya les concedió a los valdenses plena libertad civil y religiosa. Poco después, un contingente de valdenses emigró a Carolina del Norte en los Estados Unidos.

“Entre las causas principales que motivaron la separación entre la verdadera iglesia y Roma –escribió Elena de White– se contaba el odio de ésta hacia el sábado bíblico. Como se había predicho en la profecía, el poder papal echó por tierra la verdad. La ley de Dios fue pisoteada, mientras que las tradiciones y costumbres de los hombres eran exaltadas. . . Durante siglos de oscuridad y apostasía, hubo valdenses que negaron la supremacía de Roma, que rechazaron como idolátrico el culto a las imágenes y que guardaron el verdadero día de reposo. Conservaron su fe en medio de la más violenta y tempestuosa oposición” (*El conflicto de los siglos*, p. 70).

“Tras los elevados baluartes de sus montañas, refugio de los perseguidos y oprimidos en todas las edades, hallaron los valdenses seguro escondite. Allí se mantuvo encendida la luz de la verdad en medio de la oscuridad de la Edad Media. Allí los testigos de la verdad conservaron por mil años la antigua fe”.

El número de valdenses que murieron por su fe jamás se sabrá. Algunas fuentes estiman, en forma conservadora, que sólo entre los años 1540 y 1570 murieron 900,000.

“Las persecuciones que por muchos siglos cayeron sobre esta gente temerosa de Dios fueron soportadas por ella con una paciencia y constancia que honraban a su Redentor. No obstante las cruzadas lanzadas contra ellos y la inhumana matanza a que fueron entregados, siguieron enviando a sus misioneros a diseminar la preciosa verdad. Se los buscaba para darles muerte; y con todo, su sangre regó la semilla sembrada, que no dejó de dar fruto” (*Ibíd.*, p. 84).

Para una historia más detallada de los valdenses, lea detenidamente el capítulo 4 del libro *El conflicto de los siglos*. No existe otra fuente más inspiradora que refuerce la determinación a mantenerse de parte de la verdad venga lo que venga.

La mujer se fue al desierto por 1,260 largos y oscuros años, siglos de la más terrible persecución jamás vista en contra de los fieles de Dios.

Amigo lector, ¿cuántos de nosotros tenemos un amor por Cristo y su verdad, que sea tan fuerte que no pueda ser rota por la persecución, la tortura y la misma muerte? ¿Cuántos de nosotros estamos preparados para mantenernos leales a nuestro Salvador, no importa lo que venga?

Aquí en la tierra –en esta vida– sucede, a veces, que un hombre y una mujer se enamoran con tan profundo amor, que sin dudar darían su vida el uno por el otro si fuese necesario. ¿Estamos cultivando esa clase de relación con Jesús cada día, que sea capaz de encender un amor tan fuerte, que si fuese necesario daríamos nuestra vida por él en un instante? ¿Daríamos nuestra vida por él sin dudar, así como él la dio por nosotros?

Soportando la prueba

Hoy podríamos mantenernos de parte de la verdad y de Jesús, el autor de la verdad, en relativa paz. Pero viene un tiempo –más pronto de lo que nos imaginamos– cuando, mantenerse de parte de Jesús, será invitar a la ira irrazonable de los que se oponen a él.

¿Estamos profundizando cada día nuestro compromiso con nuestro Señor? ¿Estamos construyendo una voluntad capaz de soportar cualquier presión externa o interna, y a rendirnos a fin de salvarnos? Recuerde, sin embargo, la gracia de un mártir no es necesaria hasta, o a menos que, tengamos que hacer una decisión. Éste es el tiempo de fortalecer el amor y nuestra entrega y sumisión a él. Si Dios llama a cualquiera de nosotros a hacer un último sacrificio

como muchos de los albigenses y valdenses lo hicieron, él entonces, y sólo entonces, nos dará gracia suficiente.

Si usted está profundamente enamorado de su pareja aquí en la tierra, y si es padre de un niño, sabe que si fuere necesario morir por ellos, sería un privilegio y un honor hacerlo. Lo mismo será cierto para cualquiera cuyo amor por su Creador fluya muy profundamente, de modo que no se pueda expresar en palabras.

*Dios ha tenido siempre un pueblo fiel y leal
—los llamados, los escogidos—, y todavía tiene un
pueblo especial hoy.*